



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

Joaquín del CASTILLO Y MAYONE (2023), *Viaje somniaéreo a la Luna, o Zulema y Lambert*, Sevilla, Espuela de Plata (Biblioteca Más Allá, 5), 128 pp. Edición de Álvaro Pina Arrabal.



Con la última entrega de su colección Biblioteca Más Allá, la editorial Espuela de Plata pone a disposición del lector la que ha sido considerada una de las narraciones pioneras de la ciencia ficción española: *Viaje somniaéreo a la Luna, o Zulema y Lambert* (1832), de Joaquín del Castillo y Mayone. Ambientada en el contexto de la guerra ruso-turca y de la ocupación francesa de Argelia, la novela orbita en torno a tres personajes: el soldado francés Lambert, Zulema, la joven argelina de quien se enamora y con quien se fuga en globo aerostático, y el anciano Ismael quien, desconsolado por la huida de su hija, la perseguirá también en globo. Durante su periplo, Ismael soñará que viaja a la Luna, si bien acabará despertándose a las orillas del Guadalquivir; donde será rescatado por Torcuato, un viudo cordobés en cuya compañía Ismael recuperará su perdida familia.

La edición del *Viaje* corre a cargo de Álvaro Pina Arrabal, que parte de la única versión existente de la obra: la edición príncipe de 1832 (Barcelona, Librería de M. Sauri y Compañía) conservada en el Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona. Al no existir ningún otro testimonio, Pina no puede ofrecer un aparato crítico y, por ello, dispone un texto actualizado y anotado. La edición se acompaña de un estudio introductorio que sitúa la novela dentro del marco de la producción del autor y analiza

sus principales rasgos estilísticos, así como sus relaciones con el género de la ciencia ficción.

De Joaquín del Castillo y Mayone desconocemos hasta sus fechas y lugares de nacimiento y defunción, y los escasos datos manejados, que Pina Arrabal reúne a partir de estudios de Joaquim Marco Revilla (1962), Anna María García Rovira (1994) y Mercedes Quilis Merín (2019), nos devuelven una imagen incompleta del autor. Debido a esta escasez documental, es precisamente la obra del autor «la que más detalles puede revelar acerca de aspectos como su ideología o personalidad y actitud vital» (p. 12): un hombre propenso al moralismo, anticlerical y dinámico, que se desplaza entre lo historiográfico y lo ficticio, ofreciendo textos que, en mayor o menor grado, combinan ambas dimensiones. Divide Pina Arrabal su obra en dos niveles atendiendo a su grado de ficcionalidad: así, se incluye desde su producción de carácter histórico, como *El tribunal de la Inquisición, llamado de la fe o del santo oficio. Su origen, prosperidad y justa abolición* (1835, dos volúmenes) hasta sus textos más inventivos, entre los que sin duda se encuentra el *Viaje somniaéreo a la Luna*.

En el estilo, estructura y tema de la obra el editor detecta algunos de los elementos más característicos de la sensibilidad romántica. Es precisamente el desbocado e imposible amor entre Lambert (católico) y Zulema (musulmana) el eje central del relato, construido a través de la imaginería propia de los textos románticos. Si no, léase la admiración de Lambert hacia su Zulema, «al mirarla tan hermosa, quedé suspenso y electrizado. Me contaba el más dichoso de los mortales» (p. 112). Además del amor trágico, subraya Pina Arrabal el empleo del exotismo como mecanismo de construcción de una alteridad de gusto también romántico. En el caso del *Viaje somniaéreo a la Luna*, son la diferencia de credos y el contexto bélico de la ocupación francesa de Argelia los que dividen dicotómicamente a los personajes y a través de los cuales tendrán que navegar a lo largo de todo el relato.

No concluye Álvaro Pina su estudio introductorio sin antes analizar, como es conveniente, la relación entre el texto y el paradigma en que ha sido insertado: la ciencia ficción. El editor ya había tenido oportunidad de analizar los aspectos más científicos de la novela —el globo aerostático, el espejo ustorio, la órbita lunar o el depósito de las rarezas selenita— en su estudio «Representaciones de la ciencia en *Viaje somniaéreo a la luna, o Zulema y Lambert*» (2022), que ahora complementa al introducirse directamente en el debate sobre el género de la obra: ¿es, efectivamente, ciencia ficción? En su archiconocida *De la Luna a Mecnópolis: antología de la ciencia ficción española* (1995) Nil Santiáñez-Tiό reprodujo el fragmento del viaje onírico de Ismael y dictaminó: «Ciertamente, *Viaje somniaéreo* solo se adscribe en parte a la ciencia ficción: el viaje a la Luna anunciado por tan atractivo título, aparte de su naturaleza onírica, comprende solamente la primera mitad de la novela. Pero quiero subrayar que en esa obra Castillo y Mayone brinda al lector tres componentes primordiales del género: el viaje al espacio, la descripción de seres extraterrestres (una de las primeras, por cierto, en la literatura europea del siglo XIX) y la presentación de una sociedad lunática más perfecta y justa que la de la Tierra» (pp. 12-13).

Teorizada por Darko Suvin (1979), la ciencia ficción constituye un género literario firmemente delimitado a través de un rasgo demarcador característico, el «*novum*», esto es, la utilización diegética de un elemento innovador lógico y cognitivamente válido. En este contexto, Pina Arrabal es rotundo: el *Viaje* no presenta, en ningún momento, ningún elemento que pueda interpretarse como una innovación técnica, pues el medio de transporte empleado, el globo aerostático, ya era conocido. Es más: la aparición de otros elementos propios del género que podrían ubicar al relato de Castillo y Mayone dentro

de las fronteras de la ciencia ficción son anulados cuando descubrimos que el periplo a la Luna de Ismael no fue sino un sueño.

En este sentido, el editor se acerca más a la tesis sostenida por Augusto Uribe (s. f.) en el que parece fue el primer estudio monográfico sobre el *Viaje*. En él, a pesar de reconocer que el viaje lunar «es un pasaje de naturaleza distinta al resto de la novela», Uribe sostiene que no deja de ser «un viaje imaginario y episódico, intercalado en una novela de aventuras convencionales, con algo aún de utopía, dos géneros —viajes y utopía— que marchan con frecuencia estrechamente unidos, sin colusión entre ellos». Por su parte, Pina Arrabal identifica el *Viaje* con la etiqueta más amplia de «novela de aventuras», prefiriéndola a la de «de viajes». Parece un poco sorprendente esta decisión para una novela que se construye precisamente a partir de tres viajes: el de Zulema y Lambert, el de Ismael, y el de su desaparecido hijo Ibraim. Con todo, arguye el editor que «*viaje* connota un simple desplazamiento, sin una acción dinámica y organicista como la que se desprende de *aventura* y, en particular, de los acontecimientos del presente libro» (p. 38). No se nos escapa a ninguno que los límites entre formas literarias son, ante todo, difusos y en gran medida artificiales. Para el caso del *Viaje somniaéreo*, la diferencia entre ‘aventura’ y ‘viaje’ no es más que lingüística, el empleo de una u otra categoría no traiciona su naturaleza y, aunque la primera nos aleje un poco más de ella, no nos impide ver la relación que la novela de Castillo y Mayone establece con la tradición de los ‘viajes imaginarios’ que, especialmente a lo largo de todo el XVIII, se había venido desarrollando en España.

Desde que Monroe Hafter en 1975 hiciese un catálogo tentativo de la ficción de viajes imaginarios del Setecientos, una porción no insignificante de estudios dieciochistas ha volcado su atención sobre este género literario y ha demostrado que, frente a lo sostenido por interpretaciones periclitadas del XVIII, la Ilustración cultivó con interés una prosa imaginativa y creativa. Fue determinante que, el mismo año, se encontrase en el archivo de Campomanes la primera ficción utópica española hasta ese momento conocida, la *Sinapia*. Desde entonces, se han ido acumulando descubrimientos de nuevos textos utópicos (los *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas* (1769-1778) de Vaca de Guzmán, «La utopía de los Ayparchontes» (1784-1785) y «Cosmosia» (1786) publicadas en *El Censor* o el *Tratado de la monarquía columbina* (1790) de Andrés Merino, entre otros) que, al fin, han desterrado la noción de que este género no había tenido mayor cabida entre las letras españolas.

Junto a este considerable corpus utópico, se ha ido profundizando también en otro aldeaño: el viaje imaginario. Dentro de este modelo, encontramos una serie de relatos de viajes aéreos que introdujeron el nuevo medio de transporte que luego formará parte del *Viaje somniaéreo*: el globo aerostático. Tras su invención en 1783, el globo se incorpora rápidamente a las letras españolas, como testifican el *Viaje aéreo, o carta de un mercader de Manila a un amigo de Burgos* (1788) de José de Teza o el «Viaje aéreo desde El Prado de Madrid hasta el valle de Cangas de Tineo» (1789) de Luciano Francisco Comella. De hecho, dentro de este último conjunto tenemos la historia de una pérdida, la del desaparecido *Viaje de Roberto Montgolfier al país de las antípodas de la Nueva Zelanda. Fábula instructiva que tiene por objeto el destierro del quijotismo* de Ramón Bonifaz y Quintano, del cual solo tenemos noticia por la dura censura desfavorable que el 9 de junio de 1786 emite José de Vargas Ponce para la Real Academia de la Historia: «En mandando se sujete a la buena ortografía corrigiendo los infinitos defectos del manuscrito, no hay embarazo en que salga a la luz para ser uno de los libros que en más apuro ponga a los que sostienen que no hay ninguno tan malo en que no se halle algo bueno; y con la seguridad que será del número de aquellos que solo los leen por entero tres sujetos: el satisfecho autor, el

impresor a quien se lo pagan y el que se ve en la fastidiosa tarea de censurarle» (RAH, leg. 11/8020, exp. 12).

Además de aerostático, el *Viaje somniaéreo* de Castillo y Mayone es, como su propio título indica, un viaje lunar, y de viajes lunares también tenemos ejemplos en el XVIII: el viaje a la Luna del «Discurso 4» de *El Observador* (1787) o «La aventura magna del Bachiller» (1790) publicada en *El Argonauta Español* de Pedro Gatell. Pero, si hay uno que destaque por su envergadura y semejanza al relato de Castillo y Mayone es *El viaje de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la Tierra* (1804) de Antonio Marqués y Espejo. Mencionada por Álvaro Pina Arrabal en su estudio introductorio, es descartada con tal vez excesiva dureza por ser «una novela traducida —plagiada— del francés» (p. 41). En efecto, desde que Martín Jamieson (1987) llamase la atención sobre ello, sabemos que la *Selenópolis* es una adaptación de *Voyageur philosophe dans un pays inconnu aux habitants de la Terre* (1761) de Daniel de Villeneuve. Sin embargo, conocemos que la tarea traductora en el Setecientos no fue necesariamente respetuosa con los originales de los que se partía y, para el caso de *Selenópolis*, Pedro Álvarez de Miranda (2004) ha demostrado que la traducción es «el resultado de una drástica selección operada sobre un original mucho más extenso» (p. 46), que el autor incluye una cantidad considerable de contenido original y que «en conjunto, lo aprovechado para la traducción supera apenas el 20% del original francés» (p. 48). Por todo lo anterior, resulta difícil negarle un lugar en la tradición española, especialmente si se tienen en cuenta las similitudes que mantiene con obras posteriores, como es el caso del *Viaje somniaéreo*.

Por ejemplo, llaman la atención las semejanzas entre una y otra obra a la hora de describir la entrada en la órbita lunar. La *Selenópolis* la presenta así: «Cuando en fin a fuerza de virar y revirar, un golpe de timón dado transversalmente, habiéndonos hecho escapar por un feliz tangente, nos sentimos arrastrados por una fuerza invencible en razón directa de la masa e inversa del cuadrado de la distancia» (p. 13). El *Viaje Somniaéreo* lo hace de la siguiente manera: «Cuando en mi concepto llegué a estar a igual distancia entre la tierra y la luna, dio el globo un vuelco, o más bien una vuelta en redondo, y vino a quedar, según imagino, el suelo de la barquilla mirando a la luna y el globo a la tierra» (p. 72).

Del mismo modo, y siguiendo la tradición iniciada por el *Somnium, seu opus posthmvum de astronomia lunari* (1634) de Johannes Kepler, tanto Marqués y Espejo como Castillo y Mayone dividen dicotómicamente los dos hemisferios lunares. Por un lado, una región positiva —la región Tranquila en el *Viaje*; el lado oscuro de la Luna en *Selenópolis*—; por otro lado, un hemisferio distópico que funciona como alegoría del contexto español en ambos autores. De este modo, la región de la Intriga —así se llama esta parte disfuncional de la Luna que visita Ismael— parece reflejar los vicios españoles: «Me condujeron a unos deliciosos y amenos jardines en donde había magníficos laberintos que les servían de adorno. Allí se entretenían unos pasando el tiempo en varios juegos de azar, otros en forjar calumnias; este había descubierto el modo de robar el dinero de su compañero con cautela, aquel en rendir a sí un objeto amado e invencible; quién discurría quedarse con la hacienda ajena, quién con su egoísmo lograba elevarse en grandes y honrosos empleos, y aún otro más audaz en usurpar la corona del que gobernaba» (p. 80).

Ambas novelas comparten también el empleo del mecanismo onírico como neutralización del viaje lunar. Ahora bien, el uso que hace de él Castillo y Mayone aventaja al de Marqués y Espejo. Desde su título, el relato de 1832 ya declara la naturaleza onírica del viaje lunar. Por el contrario, en el caso de la *Selenópolis* de 1804 el recurso onírico no se activa hasta el final del relato; Marqués y Espejo no había introducido ningún indicio que sugiriese la naturaleza soñada del viaje, de modo que la revelación final no hace sino

anular la verosimilitud interna del relato, al contradecir la situación inicial que conducía al Filósofo a la Luna —una visita turística a las Cataratas del Niágara—.

Globos aerostáticos, viajes lunares, extraterrestres, cometas ardiendo, pero también amores frustrados, hijos desaparecidos y guerras en el norte de África se reúnen en el *Viaje somniaéreo a la Luna, o Zulema y Lambert* de Joaquín del Castillo y Mayone, rocambolesca narración que, gracias a la edición de Álvaro Pina Arrabal tenemos ahora a nuestra disposición. Su edición, al trabajar sobre 1832, arroja luz directa e indirectamente sobre toda la centuria anterior y la posterior ciencia ficción que se habrá de desarrollar. Por ello se ha de destacar el valor de este tipo de investigaciones filológicas a través de las cuales, además de recuperar textos que permanecen en los márgenes de nuestra historia, abren las puertas a una comprensión más profunda de nuestras tradiciones literarias, sus aciertos, desaciertos, continuaciones y rupturas.

Francisco FERNÁNDEZ LÓPEZ
<https://orcid.org/0009-0009-1389-3323>

